

## El grito y la entrada (a)...

Ezequiel Achilli

Ese momento de separación, de corte, de terrible pérdida. Ese momento que es a su vez de encuentro, mediado por una voz que ya no pertenece a un cuerpo, surge del vacío mismo y permite al niño entrar gritando a lo simbólico: a otra forma de vivir. La brecha entre el cuerpo biológico, separado ya de la madre, y el cuerpo del lenguaje (cuerpo social), es ocupada por el primer grito. Un grito que busca desesperadamente una respuesta. Un grito que como llamada, se hace oír cuando el objeto no está, instalándose así la decepción, el objeto a y el deseo (metonimia de la falta de ser), ocupando éste último el centro de todas las faltas. Falta de ser que hace que el ser exista.

Es difícil, al menos para mí, tratar un tema como éste sin que se haga presente la obra que inmortaliza al noruego Eduard Munch (1863-1944) y al expresionismo mismo en una imagen mil veces robada. Un grito (1893) desesperado, en una atmósfera catastrófica donde se observan hasta las ondas sonoras. Una mirada (objeto a) vacía y el silencio de la voz (también objeto a) de un protagonista sin sexo ni edad, reflejo del desamparo, que lo arranca de la obra y nos permite aproximarnos un poco a ese terrible momento del nacimiento.

Comenta Munch su experiencia previa al acto de pintar la primera de sus versiones así (Bischoff, 1994); *"Caminaba yo con dos amigos por la carretera, entonces se puso el sol; de repente, el cielo se volvió rojo como la sangre. Me detuve, me apoyé en la valla, indeciblemente cansado. Lenguas de fuego y sangre se extendían sobre el fiordo negro azulado. Mis amigos siguieron caminando, mientras yo me quedaba atrás temblando de miedo, y sentí el grito enorme, infinito, de la naturaleza"*.

## ***El grito y la entrada a lo simbólico***

Desde que nace el niño es bañado por la palabra y se organiza mediante la necesidad de articular y modelar el primer grito, y los sucesivos, en un orden simbólico a partir del don de la palabra. Aquí entra en escena la frustración como negación del don que, en tanto sea don de amor (de la madre), permite transformar esa primera frustración en simbólica<sup>1</sup>. Ese don, que surge de un más allá de la relación objetal, tiene un destino acabado; Ser anulado, y aparecer luego como signo de presencia, para que retorne como llamada (primer tiempo de la palabra) permitiendo así el ingreso del Otro para que responda.

El Grito de Munch se adelanta al existencialismo reflejando el desamparo del hombre; *“La enfermedad, la locura y la muerte eran los ángeles negros que vigilaban mi cuna”*, dice Munch. Un desamparo que el grito convierte en llamado. Pero es el personaje el que se aleja de las dos pequeñas y mudas figuras que, si bien observan, están apenas comprometidas con el sufrimiento del que grita. ¿No podría ser acaso esta pintura, una imagen especular del relato de Munch? Esto nos invita a pensar en el don que se manifiesta al llamar al objeto que está para ser rechazado (las dos personas del fondo de la pintura que en el relato se encuentran adelante) *“La llamada ya exige enfrentarse con su opuesto. Llamar lo localiza...[...] La llamada es ya una introducción a la palabra completamente comprendida en el orden simbólico.”* (Lacan, 1957, p 184). De esta manera se instala un primer juego simbólico donde la voz se vuelve demanda, un pedido dirigido a alguien que escucha pero que frustra. La voz junto con la mirada<sup>2</sup>, son los objetos que llaman a la angustia y llevan al cuerpo a encontrarse con el significante. En el cuadro, el grito es escuchado en su silencio. Un

---

<sup>1</sup> El objeto es más valorado desde lo simbólico, ya que como don está inscripto en la red simbólica, y por lo tanto es un objeto del cual se tiene derecho.

<sup>2</sup> El pecho y las heces son también objetos a, que hacen referencia a la pulsión parcial. Aunque creo entender que éstos se ubicarían más cerca de lo imaginario.

grito difícil de oír, pero que, silencioso o no, sigue siendo demanda y aparece entre el sujeto y el Otro, imponiendo a este último. Freud (1950 [1895]) describe cómo éste grito es percibido y se inscribe, en una primera huella mnémica (con base en el desamparo), constituyendo al semejante. Otro que le atribuye al grito, al convertirlo en demanda, en lo estructurante que deja al sujeto perdido en la significación que el Otro le carga.

Le sugirieron a Munch cambiar el nombre del cuadro por “el feto paseandero”. Esto nos lleva a otro punto; El pasaje de feto a recién nacido. El corte del cordón umbilical, y la cicatriz que este deja, esculpe en el centro del niño para toda la vida un cierre, la marca del deseo (de que viva) separado de la madre. Ese instante impulsa la inscripción de la voz y el primer grito. Su cuerpo pasa rápidamente a ser capturado por los significantes del lenguaje y el deseo del Otro naciendo así un sujeto que podrá hablar.

La llamada es entonces fundadora del orden simbólico sólo si lo reclamado puede ser repudiado. Luego se produce la decepción y penetra el objeto como deseo de lo imposible y el sujeto en la dimensión de lo prohibido.

### **El grito y la entrada a lo social**

Ese primer grito emitido por el niño y escuchado por los padres, disminuye la tensión en estos últimos, al escuchar la voz que remite al deseo del niño y al corte con el “cuerpo del deseo” de los padres. Un tercer cuerpo, me animaría a decir, al que se hacía hablar antes de nacer y que ya tenía nombre. Ahora este nombre, puede ser alojado en el encuentro con el cuerpo propio. *“A medida que el niño adquiere un mejor dominio de su cuerpo y del lenguaje, por asunción de su imagen especular y su ingreso en la palabra, las identificaciones cambian de registro; La identificación con el objeto (a) tiende a borrarse, ingresa en la problemática edípica y el trazo unario se vuelve*

*entonces una referencia identificatoria esencial.*” (Cordié, 1987, p 93). Pero antes, le queda al sujeto, el duro trabajo de despojarse de dos cuerpos para crecer; El del deseo de los padres y del biológico para entrar en el cuerpo del lenguaje, que estructura las leyes de intercambio y, de esta manera, ser parte de una comunidad. Así, la pintura en Munch, era un medio para denunciar las desigualdades sociales de una revolución industrial que impartía injusticias; *“Lo que está arruinando el arte moderno es el comercio... Ya no se pinta por el deseo de pintar.”* (Bischoff, 1994). El objeto de consumo parecería ganar espacio a la sublimación.

El objeto a no tiene imagen, es el objeto perdido (o caído), que se constituye en objeto que causa deseo. Mientras que el objeto como imagen, i(a), tiene la función de obturar la falta. Esto quizás nos permita pensar a los objetos en la cultura consumista actual y a la que el propio Munch hace referencia. Una cultura atravesada por una búsqueda eterna de lo que obtura, en un intento de encontrar un imposible; la satisfacción. Pero lo que está en juego en la frustración es suponer que uno tiene derecho a algo y no se lo dan. Es por eso que resulta muestra de amor para el niño, porque el Otro no tiene la obligación de dárselo. Entiendo que en la sociedad nunca se encontrará esa satisfacción quedando, quien la integra, en la misma posición (depresiva) de objeto que un niño que deja a la madre como omnipotente en una posición de ser. La única forma de defenderse quizás sea el negativismo (o malestar) bajo el signo de la nada.

### **El grito y la entrada al (y del) psicoanálisis**

El análisis se sitúa en la articulación de la palabra y del lenguaje en un encuentro entre dos sujetos. Un lugar de silencio donde la no voz hace posible que surja el grito, que luego se transformará en palabra, dejando de pertenecer al cuerpo y haciéndose

oír por el que escucha, por el que habla, y por Otro (en tanto sujeto simbólico). Un lugar de encuentro entre lo pulsional y su inscripción inconsciente mediante el objeto a, como causa de deseo.

Llegar hasta allí, rodear los bordes del hueco que ocupa el grito, en el análisis, permite que surja ese objeto a. Una voz que da nacimiento a un sujeto que lamenta la pérdida, en un lugar donde surge algo nuevo. Una realidad diferente expresada quizás en el arte de Munch de la siguiente forma; *“Pintaba de memoria las líneas y colores que afectaban a mi ojo interno, sin los detalles que ya no estaban ante mí. Pintaba las expresiones de mi infancia, los colores apagados de un día olvidado.”* ¿No podrían ser acaso esos colores apagados, imágenes encendidas como representantes representativos de una pulsión? ¿No estaría hablando de esa primera huella, apoyada en el desamparo, que nos menciona Freud en “El proyecto...”? No quisiera pecar de reduccionista y que se entienda que considero al arte terapéutico, pero si pienso que, de alguna manera, el psicoanálisis quizás sea un grito que anuncia un corte de cordón con el arte. Un hijo entre la ciencia y el arte, que como imagen (inconsciente) grita por hacerse palabra y teorizarse. Pero colguemos las pinturas en las paredes del consultorio y pensemos al análisis como una estructura lingüística. Un lugar habitado por la muerte, la falta y por supuesto la ausencia. Ese lugar de encuentro y separación que permite reconocerse por la palabra y en una voz que se dirige a Otro, por intermedio de la demanda, que hace depender al objeto del deseo del otro. Otro que decodifica, a partir de su deseo, el grito permitiendo que éste devenga palabra, como único acceso a la verdad del deseo que se manifiesta en la clínica mediante la asociación libre.

Descriptor; Grito, Objeto “a”, Voz, Arte.

## Resumen

### El grito y la entrada (a)...

Ezequiel Achilli

Este un análisis que se centra en el lugar de la palabra, es decir, el lugar del Otro que marca al Sujeto en su constitución, y en tanto Sujeto en la experiencia de análisis. A partir de la pintura "El grito" de Edvard Munch, tomado como un texto significativo y articulándolo con las palabras del autor, se pensará el tema del grito como entrada a lo simbólico, a lo sociocultural (y el malestar como algo innato) y al psicoanálisis.

La brecha entre el cuerpo biológico y el cuerpo del lenguaje (cuerpo social) es ocupada por el primer grito. Un grito que busca desesperadamente una respuesta de quien pueda humanizar. Un grito que como llamada, se hace oír cuando el objeto no está, instalándose así la decepción, el objeto a y el deseo, ocupando éste último el centro de todas las faltas.

El niño se arma, mediante la necesidad de modelar el primer grito, y los sucesivos, en un orden simbólico. Luego la negación de don (de amor), permite transformar la primera frustración en simbólica. Ese don es anulado para reaparecer como signo de presencia y retornar como llamada permitiendo así el ingreso del Otro (inscripto en lo simbólico) para que responda. La llamada es entonces fundadora del orden simbólico, sólo si lo reclamado puede ser repudiado.

Entrar en el cuerpo del lenguaje, que estructura las leyes de intercambio, permite al niño ser parte de una comunidad y en una sociedad actual plagada de objetos de consumo que parecerían ganar espacio a la sublimación. Una cultura atravesada por una búsqueda eterna de lo que obtura, en un intento de encontrar un imposible.

## Bibliografía

- 1) Bischoff, U. (1994) *Munch*. Alemania: Ediciones Taschen.
- 2) Cordié, A. (1987) *Un niño psicótico*. Buenos Aires: Colección Psicología Contemporánea. Ediciones Nueva Visión.
- 3) Freud, S. (1950 [1895]) Proyecto de psicología. En J. Strachey y A. Freud. *Sigmund Freud: Obras completas: Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en la vida de Freud* (2ª ed., 9ª reimp). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1850)
- 4) Gombrich, E. H. (1996) *La Historia del Arte*. Singapur: Debate, S.A.
- 5) Hodin, J. P. (1996) *Eduard Munch. El Genio del Norte*. Londres: Destino Ediciones.
- 6) Lacan, J. (1956-1957) XI, El falo y la madre insaciable. En *El seminario 4. La relación de objeto* 1ª ed., 1994. 6ª reimp. Buenos Aires: Paidós.
- 7) Rodulfo, M. (1992) *El niño del dibujo. Estudio psicoanalítico del grafismo y sus funciones en la construcción temprana del cuerpo*. 1ª ed. Buenos Aires: Paidós; Psicología profunda.
- 8) Vasse, D. (2001) *El ombligo y la voz. Psicoanálisis de dos niños*. Buenos Aires: Amorrortu.